

Lukas Avendaño: “Me interesa rasgar el entramado cultural del espectador”

Antonio Prieto Stambaugh*

Lukas Avendaño es un artista escénico que aborda la confluencia de género y etnicidad en obras de danza-*performance*, las cuales se han presentado en México, Argentina, Colombia, Estados Unidos y Canadá.

Avendaño nació en la finca de Santa Teresa, Tehuantepec, Oaxaca, en 1977. Estudió las carreras de danza y antropología en la Universidad Veracruzana; tiene formación en danza *butoh* y en *performance* conceptual con el colectivo La Pocha Nostra.

En el año 2000 fundó, junto con otros colegas, la Transnational Performing Arts Company y ha realizado proyectos colaborativos con Laboratorio Escénico, A.C., en Veracruz. Entre sus obras destacan *Madame Gabia* (2009), *Viento del sur* (2011), *Réquiem para un alcaraván* (2012), *Amarranavajas* (2014, en colaboración con Felipe Osornio) y *No soy persona, soy mariposa* (2014).

En esta entrevista, realizada vía Skype el 21 de marzo de 2015, Avendaño habla sobre su formación y acerca de cómo en su trabajo confluyen danza, antropología y *performance*.

¿Cómo te acercaste a la danza?

Mi relación con las artes escénicas fue a partir de las danzas regionales. A los 12 años comencé a bailar folclore, de manera semiprofesional, en un club de danza de la secundaria, en el que estuve tres años. El objetivo del club era formarnos para competencias de danza folclórica, y gracias a la maestra, que se llamaba Reyna y era muy rigurosa, ¡fuimos campeones nacionales tres años seguidos! Esta maestra siempre decía: “¡A ganar, ganar, ganar!”, y forjó mi espíritu

* Profesor-investigador, Facultad de Teatro, Universidad Veracruzana (actoeferimero@gmail.com).

competitivo [risas]. En 1996 fui parte de la comitiva de Tehuantepec para el famoso *Lunes del cerro* de la Guelaguetza.

¿Eso te llevó a estudiar en Oaxaca?

Fue después. Hice la prepa en Tehuantepec y luego decidí ir a trabajar a Oaxaca y buscar entrada en la Universidad Autónoma Benito Juárez. Cuando me tocó llenar mi formato de preinscripción, dudé mucho qué carrera elegir. En realidad no sabía siquiera de qué se trataba cada una de ellas, pero opté por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Empecé la carrera y en 1998 conocí a un arqueólogo en Monte Albán, quien me sugirió ir a la Universidad Veracruzana para cursar la carrera de antropología, con especialidad en arqueología. El tema ya me interesaba, porque la comunidad donde vive mi madre es un asentamiento prehispánico zapoteca, en la finca de Santa Teresa, agencia municipal de Tehuantepec. Durante mi infancia me dedicaba a recolectar tepalcates y “antiguas” –como decimos nosotros–: canicas de barro, puntas de flecha y navajas de obsidiana. Aunque se supone que hay un reconocimiento del INAH, ahora la mancha urbana se ha comido el sitio y los montículos fueron ocupados para relleno.

¿Entonces cambiaste de carrera a arqueología?

Sí. ¡Fui a Xalapa porque en ese momento quería ser arqueólogo! Después de mil trámites y complicaciones logré ser aceptado en la carrera de antropología en la UV, que tiene una especialidad en arqueología. En mi primer año en la universidad participé en la consulta por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indios, cuando nos visitaron los zapatistas del re-



"Lukas Avendaño", de la serie *Nahuales y tótem-zooantropología*, 2014 **Fotografía** © Jaime Rodríguez

corrido de los 1111 zapatistas. Me encomendaron la tarea de leer las palabras de bienvenida. Ya como en el cuarto semestre me interesé más por la antropología social.

¿Por qué fue eso?

Por las discusiones en las clases. Se abordaban temas que me interesaban. También me gustó el mapa curricular. De hecho, no fue hasta el sexto semestre de la carrera cuando me "cayó el veinte" de lo que se trataba la antropología.

¿Qué temas te interesó investigar?

Cuando tuve que redactar mis protocolos de investigación, no encontraba tema. Me era difícil problematizar, precisar el objeto de estudio. De hecho, en un primer momento intenté abordar el problema de "la muxeidad"; o sea, lo que significa ser *muxe*, pero me era difícil abordarlo como problema.

¿A qué lo atribuyes? ¿A la cercanía con tu propia biografía?

De alguna manera. Yo no podía reflexionar sobre mí mismo porque yo era el "nativo" [risas]. Un deseo de la

antropología es "estar en la piel del nativo", ¡y yo me encontraba hasta en sus huesos! Además, mi vida no la vivo como problema y los actos de discriminación no los vivo por mi "diferencia". En la antropología el "otro" es el problema y yo no puedo verme como un "otro". Luego intenté investigar sobre la danza, las técnicas del cuerpo, y tampoco funcionó.

¿Por qué? ¿Falta de buenos asesores?

Exacto, no había maestros en esa línea de investigación, o los que conocí no me convencían. Yo no quería "folclorizar" el tema de la danza. Ahora agradezco no haber abordado ese tema en aquel tiempo. ¡Ahora haría mi tesis sobre *Réquiem para un alcaraván!* [Risas.] Ahora creo estar maduro para enfrentar a las "autoridades" del campo.

¿Entonces qué tema abordaste al final para tu tesis?

Patrimonio edificado, concretamente la arquitectura civil de Tehuantepec desde finales del siglo XVIII hasta principios del XX. Fue un "trabajo recepcional práctico científico" que incluyó mucha investigación de archivo. En la tesis hago una reflexión sobre la importancia



Lukas Avendaño en *Réquiem para un alcaraván*, presentación en la Universidad Veracruzana, 2012 Fotografía © Luis Yamá

de la arquitectura, del entorno construido y del paisaje para una ciudad sustentable y ecológica.

¿Y cómo fue que te acercaste a la carrera de danza en la Universidad Veracruzana?

Un día me encontré, en el centro de Xalapa, un cartel que convocaba a un taller de técnica y metodología Graham de danza contemporánea. Lo impartía Jaime Blanc, del Ballet Nacional de México. El cartel invitaba a principiantes y avanzados, y pensé que era mi oportunidad para tomarlo. Mis hermanos, que en ese momento vivían en Los Ángeles, California, me enviaron dinero para pagar mi inscripción. Como te comenté, yo ya tenía años de experiencia en danza folclórica, pero esto que se me presentaba era una cosa extraña, una nueva forma de danza que se acompañaba con una nomenclatura especial en inglés y francés, ¡y yo no entendía nada!

Al principio me sentí muy mal; nada me resultaba cómodo ni pensé realizarlo bien. Después de varios días de sufrimiento, en la última clase de metodología el maestro de pronto me llamó, cuando antes me había ignorado. Me acomodó en una posición que se llama *pretzel*. Ahí me mantuvo, mientras explicaba la posición de la pelvis y como ésta se movía para hacer la espiral que subía desde la caja de la pelvis, haciendo girar cada vértebra como si se tratara de una gráfica del ADN, para así obtener los resultados deseados de la técnica en el cuerpo. El maestro me preguntó:

—Y usted, ¿a qué se dedica?

Con mucho nerviosismo le contesté:

—Estudio antropología.

Y él me dijo:

—Pues usted debería ser bailarín, no antropólogo.

Desde entonces no dejo de responsabilizarlos a él y a la maestra Guillermina Bravo, a quien conocí en Querétaro, como los maestros que me impulsaron hacia el mundo de la danza.

¿Es así como decidiste inscribirte en la licenciatura en danza?

Así es. Cursaba el cuarto semestre en la Facultad de Antropología cuando me inscribí en la Facultad de Danza, sin dejar las clases de antropología. Como al año de eso, un día mi asesor me llamó al cubículo y me dijo:

—Sabemos que estás estudiando antropología y danza a la vez. Quiero que sepas que podrás hacer antropología aun cuando tengas 80 años, pero danza no; la danza exige cuerpos jóvenes, fuertes y elásticos. Te

invito a que reflexiones y te decidas, porque de tenerme a medias en la Facultad de Antropología, preferimos perderte.

Esas palabras me metieron en crisis. No podía regresar a casa para decirles a mis padres: “¡Por fin encontré mi verdadera vocación!”. Después de cursar derecho un año en Oaxaca, después de casi tres años en antropología, pensé que no podría decirles que me cambiaría de carrera. Seguí un tiempo, aunque por la cantidad de actividades que tenía –además concursaba en certámenes de atletismo y participaba en activismo estudiantil–, dejé la Facultad de Danza cuando cursaba el quinto semestre. Entonces me concentré en la carrera de antropología. Soy generación 1998-2004, pero no me recibí hasta 2010.

Cuéntame ahora un poco cómo es tu trabajo actual. ¿Combinas tu labor escénica con tu formación antropológica? ¿Sientes que la carrera de antropología contribuyó al giro particular de tu lenguaje escénico?

Cada pieza pienso que es un ensayo antropológico. Planteo el tema como objeto de estudio.

¿Aunque el tema sea tu propia identidad?

Sí, lo planteo como un problema a ser abordado, busco bibliografía, hago práctica de campo, observación participante. Por ejemplo, en la obra *No soy persona, soy mariposa*, cuando digo: “Hablo por los que fuimos expulsados de los cines pornos y negados sin retorno para siempre”, hago referencia a mi trabajo de campo en los cines porno, donde realizo un ejercicio de observación participante y me involucro con los nativos, los empujo hasta sus límites. Cuando digo que hago antropología aplicada, es porque busco generar tensión en esos ambientes, retar a los nativos: “¡A ver, cabrones! ¿Qué tan cabrones pueden ser?”, por citar un ejemplo burdo.

¿Todos tus performances tienen algo de autobiográfico?

La autobiografía es la única forma por la que puedo salir al espacio performativo, pero lo hago con el soporte antropológico, con el ojo clínico de la antropología, aunque dirigiendo la mirada hacia el espectador. Me interesa jugar con los signos y símbolos de la cultura, torcer su entramado.

¿Es decir que “antropologizas” al espectador?

Todo el tiempo. Yo no soy el objeto de estudio; el espectador es mi objeto de estudio. Me interesa involu-



Lukas Avendaño en *No soy persona, soy mariposa*, presentación en la Universidad Veracruzana, 2014 Fotografía © Antonio Prieto

crar al espectador, rasgar su entramado cultural hegemónico. Lo tuerzo y lo destejo para que entonces él tenga el trabajo de ponerse a tejer nuevamente su red de signos. Simulo que soy su objeto de estudio, me mimetizo, dejo que el espectador abra las puertas de su subjetividad para entonces meter mi caballo de Troya en su imaginario.

¿Tienes diálogo con colegas antropólogos para armar tu obra?

No, ninguno. Sí tengo amigos antropólogos y me gusta hablar con ellos, pero a veces siento que no son congruentes con su profesión. Me encanta ese ambiente, me gusta evidenciar lo “falseables” que pueden llegar a ser sus criterios de verdad, lo dañino que pueden llegar a ser cuando embisten todo con su ciencia y objetividad para legitimar una idea.

El año pasado presentaste tu performance No soy persona, soy mariposa en la ENAH. ¿Cómo fue recibido ese trabajo por la gente de allí?

Me invitaron los responsables de la Cátedra Marina-la Miano Borruso, que es una antropóloga que hizo su tesis doctoral sobre los *muxe* y las mujeres en el Istmo. Pero me topé con mucha burocracia para hacer la acción; primero me asignaron un espacio, aunque después dijeron que no. Al final me dieron el pasillo. De allí transité al patio –que le dicen “el lagartijero”– y después a la cafetería, donde hay un ambiente pesado.

¿Y cómo viste la reacción del público, de los maestros y estudiantes?

Pues al principio me sentí como en una fiesta pa’ puro marica; o sea, haciendo algo que sólo le puede interesar a los maricas. Igual estoy exagerando, pero es lo que sentí. Por eso opté por salir al patio para que más gente pudiera ver el trabajo. Y después intervine en la “cafetería”, que estaba llena de machos, algunos me pareció que con aliento alcohólico; allí me subí a las mesas y me puse a agitar los fuetes que uso en el *performance*.¹ Primero hubo muchas risas: se mofaron, chiflaron, pero yo levanté la voz, continué la acción y al final todos estaban calladitos. Cuando terminé hubo muchos aplausos. Eso es lo que más me gustó: intervenir el espacio cotidiano.

¹ En el *performance No soy persona, soy mariposa*, Avendaño realiza, semidesnudo, una coreografía estilizada y cargada de erotismo, a la vez que pronuncia un discurso que entreteje textos del manifiesto “Pensamiento puñal” de Felipe Osornio, alias *Leche de Virgen Trimegisto*.

¿Te preocupa que te estereotipen o encasillen como “el performer muxe”?

No me preocupa. Uno no tiene control sobre lo que el otro diga, piense, sienta, crea o se imagine. Aunque no quisiera ser visto como *muxe*, son los otros los que me reconocen como tal. Yo puedo llegar a Juchitán, Tehuantepec, San Blas, etcétera, muy urbanizado, pero ellos se dan cuenta, por el ojo clínico, si se es *muxe* [risas]. Para mí es un hecho dado, aunque no me interesa usarlo como un membrete para adjudicarme o generar un discurso.

Para terminar, una pregunta sobre tu siguiente trabajo: ¿qué estás preparando ahora? ¿También involucra investigación antropológica?

Sí, estoy planeando abordar la vida de 8 Venado-Garra de Jaguar, del *Códice Nuttall*. Quiero unir el norte con el sur del país partiendo de dos figuras totémicas: el venado por el norte y el jaguar del sur. La trama de la obra es sobre el destierro de los yaquis con destino al Valle Nacional en Oaxaca y las haciendas henequeneras en Yucatán.

¿Será una obra teatralizada, con actores haciendo diversos personajes, o un estilo de performance o danza?

Considero que no será tal cual un *performance*, y si incluye algo de danza será desde la estética minimalista. Quiero que el formato sea como un código, tocar cosmogonía, historia, y estoy pensando la obra para público infantil. Ése es mi mejor público y hasta ahora no tengo una obra pensada para los niños.

Muchas gracias por esta entrevista, Lukas.

